

Al mismo tiempo, llegando a ser universal la moral, se hacía también más personal. El ser humano racional y libre, el ser humano quienquiera que sea, no puede ser tratado como un engranaje en una máquina por industrialmente que se halle construída, es un ser principal, como decían los estoicos, tiene su función propia que desempeñar, y su dignidad es superior a todas las leyes positivas y a todas las constituciones. El estoicismo reprobaba, pues, la esclavitud, no solo porque la esclavitud deprava al que sufre y al que de ella se aprovecha, sino también porque estaba en el espíritu de aquella gran filosofía rechazar todo lo que en las leyes positivas hace más o menos del hombre un instrumento o un simple resorte. La misma ciudad griega, aunque contuviera indudablemente gérmenes de la verdadera libertad, establecía más o menos una ruda y estrecha disciplina, que comprimía ciertas partes de la naturaleza humana para desarrollar otras excesivamente. La ciudad universal, por el contrario, no pedía al hombre sino plenamente ser hombre, porque podía aceptarle por completo. Todas las cualidades y todas las acciones verdaderamente humanas podían hallar su lugar en el estoicismo; y como la libertad individual es mucho menos molestada en las grandes ciudades que en las pequeñas poblaciones, el hombre había de hallarse más a su satisfacción en la extensa ciudad universal de Júpiter que en las democracias más liberales de Grecia. He ahí cómo el estoicismo, a pesar de su rigidez proverbial, aparece como la verdadera escuela de la libertad; porque no exigía más que una sola especie de disciplina, la conformidad voluntaria y completamente interior del ser racional a la razón universal.

En resumen, buscad y escudriñad en los sistemas religiosos y filosóficos de la antigüedad greco-romana o en los de la antigüedad oriental: en parte alguna hallaréis una conciencia tan clara de la unidad y de la dignidad de

nuestra especie. Los estoicos han merecido que Séneca les llamara fundadores de los derechos del género humano. Ellos fueron, en efecto, los primeros que abrazaron en toda su extensión la idea tan fecunda y sencilla de la humanidad.

Alejandro quiso, en su gigantesca empresa, hacer de todo el mundo un imperio, y a pesar de la muerte que tan pronto vino a interrumpir su propósito, a pesar de las guerras que siguieron a sus funerales, a pesar de la desmembración de su conquista, lo logró en parte hasta cierto punto. El estoicismo participa del espíritu universal que animó al conquistador. La audacia de éste se halla en el pensamiento de los filósofos. Zenón también pensó en una república universal, la gran república de las inteligencias y de la razón eterna.

Si Grecia no hubiera sido tan profundamente corrompida por sus sacerdotes y sus sofistas, si hubiera podido salvarse, se hubiera salvado por una doctrina tan alta, enérgica y digna. Por desgracia, Zenón no pudo retener cerca de sí más que un corto número de discípulos, y su voz no tuvo eco hasta después en Roma.

Según una juiciosa observación de Polibio, los verdaderos herederos de Alejandro no fueron los Ptolomeos ni los seleucidas, sino los romanos. El pueblo-rey, inconsciente y como fatalmente, completó la obra del conquistador que sometió los bárbaros a Grecia; reunió casi todo el mundo antiguo bajo un solo dominio, y lo que no había podido Alejandro, fundó un vasto imperio en el que las naciones más diversas se mezclan poco a poco por las ideas y por las leyes para formar en cierto modo el pueblo universal; hecho único en la historia y que tuvo las consecuencias más saludables. Hasta entonces la humanidad había sido incesantemente perturbada por querellas sangrientas; la conquista termina la guerra; las hostilidades se extinguen con las nacionalidades; las separaciones de ideas, de leyes, de